

za en primavera, y para mantenerle en el deber recurre á las más terribles visiones y le describe ya el Juicio final tal como lo representará la Edad media.

De los epitafios desaparecen las enumeraciones honoríficas, tan frecuentes en las inscripciones paganas: con frecuencia tiene el fiel empeño en declararse «esclavo de Cristo»; se ensalzan las modestas virtudes del difunto, «Mameleubus vivió sesenta años en la humanidad y en la bondad;» alábase la castidad de una mujer, su fidelidad, su caridad y «todas las virtudes de que Dios quiso que estuviese dotada,» y hablando de una dama de noble cuna se dice que «fué activa, que le gustaba alimentar á los hambrientos y redimir cautivos, y que tuvo el alma santa.»

Sin embargo, no hemos de ocultarnos las miserias, los vicios, las supersticiones de la sociedad cristiana de aquel tiempo. A mediados del siglo v, Salviano se lamenta de la piedad superficial é hipócrita de sus contemporáneos, quienes juran, roban, son libertinos y borrachos y sus mujeres coquetas, hechos que sirven de argumentos á los adversarios del cristianismo; y si bien es cierto que Salviano es pesimista, no lo es menos que se encuentran esparcidos en otros documentos los rasgos que él reúne y acentúa. La misma religión complícase de día en día con elementos groseros; el diablo ocupa en ella un puesto cada vez más importante, apareciéndose sin cesar á San Martín y á sus discípulos, discutiendo con ellos, engañándoles y jugándoles malas pasadas; él es quien se introduce en el cuerpo de los poseídos, de los energúmenos, y el fiel espantado se figura que todo el aire está poblado de demonios. En lo sucesivo y durante luengos siglos, la humanidad vivirá bajo el peso de tan extraños terrores.

La devoción multiplica las precauciones contra estos peligros de que el hombre se cree rodeado, organizándose entonces el culto de los santos. Los que mueren quieren descansar junto á las tumbas de éstos á fin de beneficiarse de sus méritos y de envolverse en su protección, y es en vano que los concilios combatan este abuso. Los devotos, ávidos de reliquias, arrancan las franjas del vestido de San Martín y se las colocan en el dedo ó en el cuello en la creencia de que expulsan las enfermedades; y cuando se da sepultura á Honorato, su cuerpo queda poco menos que desnudo, pues todo el mundo quiere tener un pedazo de sus ropas. Por todas partes se ven mártires: en los alrededores de Tours hay un sepulcro que se dice contiene restos sagrados y sobre el mismo se erige un altar; pero San Martín, que no se fia de aquel culto, descubre que el que es objeto del mismo había sido un bandido condenado á muerte y ejecutado por sus crímenes. Y no bastando los santos del país, salen largas peregrinaciones para Roma, Egipto y los Santos Lugares; en el reinado de Teodosio, una ilustre dama gala, Silvia, dirígese á Palestina y escribe un itinerario de su viaje, que ha sido recientemente descubierto.

Estallan multitud de protestas contra este culto material. El presbítero galo, Vigilancio de Calagurris, formuló, á principios del siglo v, objeciones que sólo conocemos por un violento folleto de San Jerónimo: «El paganismo, dice, renace y penetra en los templos;» burlase del culto de las reliquias y de la creencia en la intervención de los santos; quiere que en vez de en-

viar limosnas á Jerusalén, la gente se preocupe de socorrer á los pobres del país; censura la continencia que se quiere imponer á los sacerdotes y se alarma ante los progresos del monaquismo. «Si todo el mundo se encierra en claustros, ¿quién celebrará el culto, practicará la caridad y exhortará á los pecadores á la virtud?» Muchas personas ilustradas se espantaban del politeísmo cristiano que se formaba sobre las ruinas del politeísmo pagano.

X.—El cristianismo y el Imperio

La sociedad cristiana constituye en el Imperio desorganizado un Estado cada día más poderoso. ¿Deseó esta sociedad, ó preparó voluntaria ó involuntariamente la caída de este Imperio?

Antes de Constantino, los sentimientos de los cristianos respecto del Imperio hállanse determinados por diversos móviles: fieles á la máxima de Cristo: «Dad al César lo que es del César,» oran por los que les gobiernan, y sus apologistas declaran que el emperador no tiene súbditos más leales que ellos; esto no obstante, procuran eludir el servicio militar y los cargos públicos y declaran en alta voz delante de los magistrados, que el cristiano no tiene familia ni patria. Uno de sus más perspicaces adversarios, Celsio, en su *Discurso verdadero*, podía acusarles «de poner al mundo en peligro de ser presa de los bárbaros más salvajes y más rudos (1).» Con su abstención, con su apartamiento de la cosa pública, los cristianos contribuyeron, en cierta medida, al debilitamiento del Imperio en el siglo III.

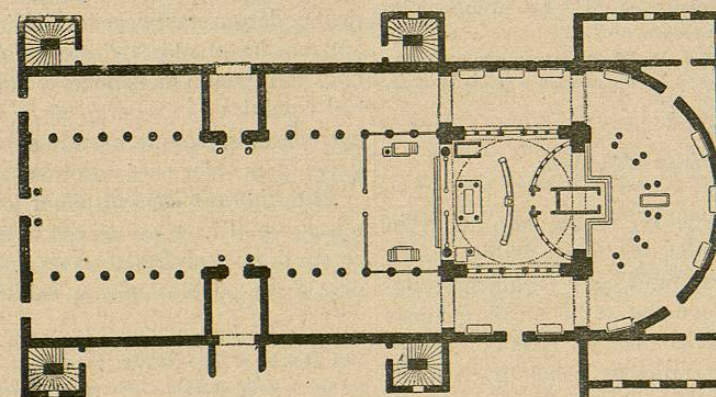
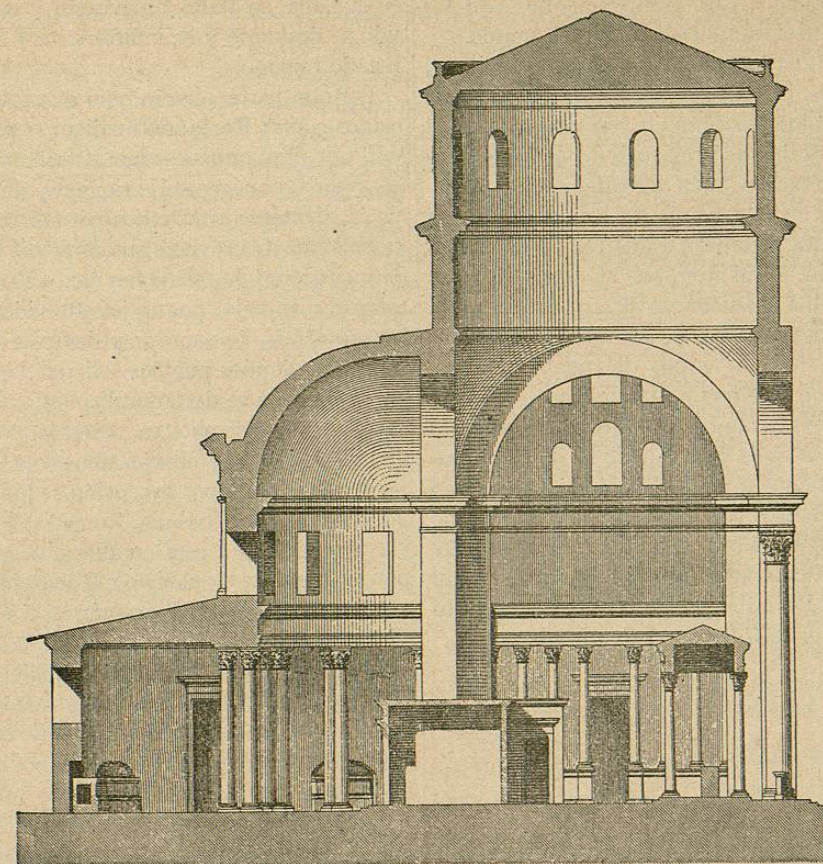
En el siglo IV la situación había variado, pues habiéndose hecho cristiano el Estado, el interés de la Iglesia fué, en lo sucesivo, sostenerlo. Así lo declaran á menudo sus doctores, y Lactancio, por ejemplo, fiel á las orgullosas tradiciones por Virgilio immortalizadas, considera que los destinos del mundo están ligados á los de Roma. En adelante, el ejército, el Senado y la administración se reclutan lo mismo entre los cristianos que entre los paganos; los obispos no apartan de aquellas instituciones á los fieles, y también ellos se ocupan de los públicos negocios, mezclándose en las luchas de la ciudad terrenal y queriendo gobernarla, á fin de asegurar el triunfo de la ciudad de Dios.

Su acción, empero, tropieza en este punto con obstáculos y hasta con resistencias. Como en los siglos anteriores, la idea del fin del mundo persigue todavía á muchas almas piadosas: San Martín anuncia la venida de Nerón y del Anticristo; aquél dominará en Occidente y perseguirá á los cristianos; éste reinará en Oriente, se hará adorar como Cristo y luego matará á Nerón y será amo del universo hasta la llegada del Salvador. «El Anticristo ya ha nacido, crece y espera el momento de hacerse dueño del poder;» siendo esto así, ¿por qué interesarse activamente por los destinos de un imperio caduco cuyos días están contados? ¿No es mejor vivir en la paz y en la oración? Paulino de Nola escribe á un noble que sirve al emperador invitándole á que

(1) Aubé, *La polémique païenne à la fin du II^e siècle*, 1878, págs. 386 y siguientes. Le Blant, *Le détachement de la patrie*, memoria leída en el Instituto en 1872. Guiraud, *Les assemblées provinciales dans l'empire romain*, 1887, págs. 238 y siguientes. Sin embargo, no debe atribuirse á los cristianos una parte excesiva en la despoblación de las curias en el siglo III.

entre en el servicio de Cristo: «ser soldado, ser funcionario es exponerse á un castigo divino; es preciso evitar el matrimonio y la familia,» cuidados tan espinosos como inútiles; no basta ser piadoso, sino que el buen cristiano debe retirarse del mundo: he aquí lo que en-

arriano, persigue á sus adversarios, quienes le corresponden con la injuria y la amenaza, con lo que el poder imperial, ya tan debilitado, pierde todavía algo de su autoridad. A raíz de estas luchas, Sulpicio Severo, en sus crónicas, censura á los hebreos que reclamaban de



Sección y planta de la basílica de San Martín en Tours

señaba un santo en los momentos en que el Imperio se despoblaba y en que los bárbaros le amenazaban por todas partes. Los progresos del monaquismo propagaron estas ideas; por esto le son hostiles algunos emperadores cristianos: Valente, en una ley, habla colérico de esos «holgazanes que para substraerse á los cargos municipales se refugian en los desiertos y en las soledades.»

Por otra parte, las relaciones más íntimas entre la Iglesia y el Estado y la intervención de los emperadores en los asuntos eclesiásticos son nuevos elementos de perturbación. El emperador, según sea católico ó

Samuel el restablecimiento de la monarquía. «El pueblo, dice, pedía este nombre real, siempre odioso para los pueblos independientes, y deseaba trocar la libertad por la esclavitud (1).» Y comentando el libro de Daniel, reconoce en el Imperio romano el coloso de hierro con pies de barro: «En efecto, el Imperio romano está gobernado no por un emperador, sino por varios siempre divididos entre sí por la guerra y las rivalidades;» está compuesto de elementos heterogéneos, «puesto que ve-

(1) Sulpicio Severo, *Chronica*, I, 32, 3. Véanse las reflexiones de Bernays, *Über die Chronik des Sulpicius Severus*, en sus *Gesammelte Abhandlungen*, 1885, tomo II, págs. 117 y siguientes.

mos el suelo romano ocupado por pueblos extraños ó rebeldes, traicionado por los que aparentaron someterse, puesto que en nuestros ejércitos, en nuestras ciudades, en nuestras provincias, las naciones bárbaras y sobre todo los judíos viven á nuestro lado, pero sin adoptar nuestra civilización. Los acontecimientos son los que, según los profetas, anuncian el fin del mundo.»

De manera que en tiempo de emperadores cristianos, escritores cristianos buscan en los Libros Sagrados la predicción de la ruina del Imperio. Sin embargo, estos sentimientos no son los de la mayoría de los fieles, pues los hay que conservan un alma verdaderamente romana, una fe robusta en el porvenir de Roma. Un poeta que por sus orígenes pertenece á una región cercana á la Galia, Prudencio, fué el intérprete elocuente de estas esperanzas: la Roma cristiana se le aparece como la heredera de la antigua Roma, de sus recuerdos, de sus triunfos, y declara «que la virtud del pueblo romano no envejecerá y que su gloria no tendrá fin.» No puede, pues, acusarse en términos absolutos al cristianismo de haber deseado la caída del Imperio ni de haber trabajado voluntariamente en ella. El Imperio, se ha dicho con razón, murió á consecuencia de antiguas enfermedades; el cristianismo no le salvó y quebrantó fatalmente algunas de las instituciones en que se apoyaba, y aun entre sus doctores los hubo que acostumbraron á los espíritus á la idea de la ruina del Imperio romano.

CAPÍTULO II

EL MUNDO GERMÁNICO Á FINES DEL SIGLO IV LOS GERMANOS EN LA GALIA (1)

I. La antigua Germania.—II. Distribución de los pueblos germánicos en el siglo IV.—III. Transformación de las instituciones y de las costumbres germánicas.—IV. La civilización romana y la civilización germánica.—V. Los germanos en el Imperio.—VI. Sentimientos de los germanos hacia Roma; sentimientos de los romanos y de los cristianos hacia los bárbaros.

I.—La antigua Germania

En el transcurso del siglo IV, así del lado del Rhin como del lado del Danubio, las tribus germánicas se aglomeran en las fronteras romanas y en muchos puntos las traspasan. Las provincias se llenan de colonias bárbaras y tribus enteras se fijan en ellas con asentimiento del Estado. Los germanos penetran en todas

(1) FUENTES.—César, *De bello gallico*, libro IV, capítulo I y siguientes; libro VI, capítulo XXI y siguientes. Tácito, *Germania*, *Annales*, *Historie*, passim. A continuación de su edición de la *Germania*, de Tácito, Müllenhoff ha reunido los textos de Estrabón, Plinio el Viejo, etc., relativos á los germanos. Amiano Marcelino, *Rerum gestarum libri*, *Panegyrici latini* (edición Baehrens), 1874. Orosio, *Historia libri VII adversus paganos*. Sulpicio Severo, *Chronica*. Gregorio de Tours, *Historia Francorum*, libro II. Zosimo. Los autores citados en este capítulo han sido publicados especialmente en la *Patrologia latina*, de Migne, en el *Corpus scriptorum ecclesiasticorum*, de la Academia de Viena, y en la serie en 4.º de los *Monumenta Germanie historica*, de Berlín. Respecto del valor de las fuentes: es preciso consultar sobre todo Wattenbach, *Deutschlands Geschichtsquellen im Mittelalter*, sexta edición, 1893-1894, y Molinier, *Les sources de l'histoire de France*, tomo I, 1902.

OBRAS DE CONSULTA.—Además de las obras citadas en el ante-

rior período de esta historia á propósito de los germanos: Zeuss, *Die Deutschen und die Nachbarstämme*, 1837, siempre útil á pesar de su antigua fecha. Lehuérou, *Histoire des institutions mérovingiennes*, 1842, capítulos V-X. Roth, *Geschichte des Beneficialwesens*, 1850. Arnold, *Wanderungen und Ansiedlungen deutscher Stämme*, 1875-1881. Dahn, *Die Könige der Germanen*, tomo I, 1861, y sobre todo, *Deutsche Geschichte*, tomo I, 1883. Müllenhoff, *Deutsche Altertumskunde*, 1890-1892. Wietersheim-Dahn, *Geschichte der Völkerwanderung*, 1880. Waitz, *Deutsche Verfassungsgeschichte*, tomo I, tercera edición, 1880. Sybel, *Die Entstehung des deutschen Königtums*, tercera edición, 1884. Fustel de Coulanges, *Histoire des institutions politiques de l'ancienne France; L'invasion germanique*, 1891; *Recherches sur quelques problèmes d'histoire*, 1885; Brunner, *Deutsche Rechtsgeschichte*, 1887. Schröder, *Lehrbuch der deutschen Rechtsgeschichte*, tercera edición. Lamprecht, *Deutsche Geschichte*, tomo I, 1891. Becquet, *La Gaule avant et pendant les invasions des Francs*, 1888.

(2) Todas las cuestiones relativas á las antiguas instituciones germánicas han sido objeto de vivas controversias; mas como en este libro no podemos entrar en discusiones críticas, hemos debido limitarnos á una descripción general.

partes, pues Roma los necesita para defenderse y para vivir, y hace de ellos soldados y agricultores y hasta les entrega muy pronto el mando de sus ejércitos y los admite en las funciones públicas.

De aquí que antes de que se funden reinos bárbaros en la Galia, en Italia, en España y en Africa, la invasión se desborde y se infiltre en las mismas venas del Estado romano.

Por otra parte, ningún odio de raza excita á los germanos contra Roma; no meditan la ruina del Imperio, sino que, deslumbrados por el brillo del nombre romano y por las imágenes de riqueza y de prosperidad que evoca, siéntense arrastrados por sus codicias ó por sus ambiciones. Unas veces sus empresas tienen el carácter de incursiones de pillaje, en cual caso hordas de aventureros, mandados por un jefe atrevido, se arrojan sobre las provincias, las saquean y desaparecen; otras, por el contrario, algunos pueblos solicitan tierras ó las ocupan por la fuerza y se declaran dispuestos á servir al Imperio cuya amistad solicitan. Además, estos pueblos están divididos entre sí y chocan unos contra otros en furiosas refriegas; sólo por excepción se juntan y caen como un huracán sobre la Galia. Roma explota sus discordias y espera, gracias á esta conducta, conjurar siempre el peligro bárbaro; en el siglo I, Tácito lo ha dicho en un célebre pasaje de la *Germania*, y á fines del siglo III Mamertino lo repite en su panegírico de Maximiano: «Es tal la felicidad del Imperio que en todas partes las naciones bárbaras se destrozan y matan mutuamente.»

En el tomo anterior se ha hablado con frecuencia de las luchas de Roma con los germanos desde los lejanos tiempos en que Mario aniquiló las hordas teutónicas. Fáltanos ahora penetrar en la misma Germania y estudiar rápidamente las instituciones y las costumbres de estos pueblos que, al diseminarse por la Europa occidental, debían modificar los destinos de ésta. Entre los antiguos historiadores, dos especialmente, César y Tácito, han tratado de conocer y comprender la vida social y política de los germanos, y los datos que en ellos encontramos, aunque incompletos y á veces oscuros, tienen gran valor para nosotros (2).

El territorio mismo inspira á los romanos un temor misterioso. Tácito ha descrito el espanto del legionario en sus duras marchas al través de la Germania y considera á los pueblos que la habitan como autóctonos

dadera vida; así Ariovisto se vanagloria de estar al frente de un ejército cuyos guerreros no habían vivido bajo techado desde hacía catorce años. Sus dioses son feroces como ellos y no tienen templos, sino que su culto se practica en la espesura de la selva. Entre los semnones, algunos delegados se reúnen en determinadas fechas en el fondo de los bosques, degüellan á un hombre y celebran ritos terribles.

Los germanos son bárbaros, pero no salvajes; que aunque su civilización es ruda y primitiva no por esto dejan de tener instituciones. La familia es poderosa y venerada, siendo la monogamia la regla general; el germano es casto, el matrimonio respetado y el adulterio castigado severamente. El padre es señor absoluto, puede abandonar y vender á sus hijos y hasta matarlos si cometen alguna falta. Igual derecho tiene sobre la mujer el marido, el cual la adquiere comprándola á sus padres que le transmiten toda la autoridad que tenían sobre ella. Aunque sometida á perpetua tutela, la esposa se nos presenta asociada á los trabajos y á los peligros del esposo: «en la paz, en la guerra, comparte su suerte, con él vive y con él muere.» En el combate está detrás de él animándole con sus gritos y llevándole alimentos, y si huye, le detiene, le echa en cara su cobardía y le obliga á ponerse de nuevo delante del adversario. Casi siempre vive rodeada del mayor respeto y á veces llega á ser sacerdotisa y profetisa y adquiere una influencia considerable. La sucesión se transmite de padre á hijo, siempre en línea masculina, no siendo en ella admitidas las mujeres y afirmándose de este modo la voluntad de mantener en toda su fuerza la unidad del grupo familiar. Cuando es acusado uno de sus miembros, ante el tribunal comparece la familia entera compuesta de todos aquellos á quienes une un lazo de parentesco, como la *gens* griega ó romana, y escoltada por sus amigos y clientes. Las ofensas son comunes y en caso de asesinato todos los parientes vienen obligados á tomar venganza; mas ya se inicia una costumbre que se desenvolverá más tarde y por virtud de la cual la familia de la víctima puede renunciar á la venganza y transigir: «el asesinato se expía mediante un determinado número de cabezas de ganado.» La familia permanece unida así en tiempo de guerra como en tiempo de paz y el ejército se forma no al azar, sino «por familias y parentescos.»

Muchos representan á los pueblos germánicos como tribus vagabundas, errantes al acaso, sin saber fijarse en parte alguna; esto es, sin embargo, erróneo por lo que se refiere á la mayoría de ellos, sobre todo á los de la Germania occidental. Ciertamente que los germanos emigran, pero ya no son nómadas en el verdadero sentido de la palabra, sino que sienten afecto por la tierra, se adhieren á ella en cuanto pueden y construyen viviendas; lo que sucede es que á veces se ven obligados á abandonar el país en donde se instalaran á causa de circunstancias diversas, como por ejemplo la llegada de nuevos inmigrantes á la Europa oriental y central. Además, el suelo es pobre y muy pronto resulta insuficiente dado el acrecentamiento de tribus incapaces de explotarlo, formándose entonces agrupaciones que van á otra parte en busca de fortuna; pero ya desde muy pronto lo que en sus relaciones con Roma piden los germanos no es dinero, sino tierras en donde establecerse. Sin em-

porque, «sin hablar de los peligros de un mar terrible y desconocido, ¿quién habría podido abandonar el Asia, ó el Africa ó Italia, trocándolas por la Germania de tierras informes, de cielo rudo, de aspecto inculto y triste?» Por otra parte, se comprende este sentimiento de horror en aquel que dejando la orilla izquierda del Rhin, en donde florecía la civilización romana, penetraba en aquellas regiones salvajes. Detrás del río, extendíase la inmensa selva Herciniana que cubría toda una parte de Germania y para atravesar la cual se empleaban más de sesenta días; en sus profundidades vivían animales extraños, rengíferos, alces, aueros, y los ríos y arroyos que la cruzaban formaban en ella lagos y pantanos. Hacia el Norte aún era mayor la tristeza de aquel país, pues los árboles, al aclararse, ponían de manifiesto un suelo fangoso cuyas lagunas se confundían insensiblemente con las olas marinas. Finalmente aparecía el océano germánico, mar tempestuoso, bajo un cielo de pesadas nubes, que penetraba en las tierras húmedas y en los profundos estuarios de los ríos, arrojando los buques contra las islas abruptas ó contra ocultos bancos de arena.

El nombre de germanos, que era de origen reciente, no se lo habían dado á sí mismos aquellos pueblos á quienes con él designaban los romanos y los galos. Los tales pueblos no tenían conciencia clara de un origen común, no obstante lo cual algunos de ellos, los que habitaban la Germania occidental, creían descender de los mismos antepasados, del dios Tuisto y de su hijo Mannus. De los tres hijos de este último salieron, al parecer, tres grandes grupos étnicos, los ingevones, los irminones y los istevones que á su vez se subdividían en pueblos numerosos. Como los celtas, los helenos y los italianos, estos pueblos venían de Asia, pero habían llegado á Europa más tarde que aquellos y su civilización se desarrollaba más lentamente; sin embargo, entre sus instituciones y las de los galos antes de la conquista existían semejanzas que llamaron la atención de los antiguos.

El germano es ante todo guerrero y no se le considera como individuo de la tribu sino desde el día en que recibe solemnemente sus armas, de las cuales, á partir de aquel momento, no se separa ya más. La raza es de alta estatura, fuerte y resistente al frío; en cambio soporta mal el calor y los trabajos continuos. Los germanos tienen el cabello rubio ó rojo y los ojos azules, feroces; sus vestiduras son bastas, consistiendo á menudo en pieles de animales que hacen aún más feroz su aspecto; sus armas son las frámeas (lanzas cortas ó jabalinas), flechas, escudos, á veces espadas, lanzas, coracas ó cascos; el hierro es poco abundante entre ellos. No les gusta vivir en aldeas en las que las casas se tocan; sus viviendas están aisladas unas de otras y toscamente construídas, y á menudo cavan escondrijos subterráneos que cubren de estiércol y en los cuales se refugian durante el invierno y ocultan sus provisiones. En tiempo de paz viven ociosos, permaneciendo acurrucados cabe el fuego y celebrando largos y groseros festines en los que se emborrachan; también se dedican á la caza y juegan á los dados con tal frenesí que, después de haberlo perdido todo, se empeñan la libertad. En cuanto á las labores agrícolas ó domésticas, las confían á las mujeres y á los ancianos. Combatir es su ver-